

VIETNAM

DESPUES DE LAS ELECCIONES

LOS guerrilleros del Frente Nacional de Liberación del Vietnam parecen considerar las elecciones presidenciales del 3 de septiembre como un importante punto de apoyo para su acción. Sobre todo el Vietnam del Sur se ha extendido una sensación de fraude y de frustración, al ascender mediante formas de apariencia democrática al poder los dos hombres que lo detentaban, el general Nguyen Van Thieu —el hombre que asaltó en 1963 el palacio presidencial para expulsar a Diem y que en una escalada segura ha llegado a la presidencia de la república a los cuarenta y cuatro años— y el general Ky —un extremista de treinta y siete años que, en realidad, ha perdido categoría al convertirse en vicepresidente, puesto que durante dos años ha sido el hombre clave de la política de Saigón—. Los candidatos civiles han presentado siete protestas contra la legalidad de las elecciones; cuando, el jueves de la semana pasada, trataban de manifestar su indignación ante el edificio de la Asamblea, fueron maltratados y arrastrados al interior por las fuerzas de la policía. Las guerrillas se apoyan fundamentalmente en la descomposición de la retaguardia, en el desaliento de los ciudadanos que ven el avance de la corrupción de la autoridad y el vacío de las formas de poder que no son capaces de realizar un programa constructivo, de ganar la guerra o de negociar la paz. La elección de un civil hubiese impresionado favorablemente la opinión pública —aunque el fondo de la cuestión hubiese seguido siendo el mismo—; Thieu y Ky no han hecho esa concesión.

Desde el otro lado del frente —si se puede usar la palabra frente, consagrada por las clásicas guerras de trincheras, en esta lucha de movilidad y sorpresas— la presión ha crecido simultáneamente con la campaña electoral, la consulta pública y el vacío postelectoral. Actos de presencia en las ciudades y en el campo, combates cerrados en puntos estratégicos, la ocupación de la ciudad de Tam Ky, a pesar de la defensa de los «marines», han coincidido con dos hechos políticos. Uno es la publicación del texto programático del Frente Nacional de Liberación, el otro la declaración oficiosa por parte de Vietnam del Norte de una actitud más comprometida en la guerra. En el texto oficial del Frente, del cual las guerrillas del «vietcong» son el brazo armado, se expone una amplia planificación económica y social «sobre lo que ha de ser el país una vez que hayan sido expulsadas las tropas extranjeras», un proyecto concreto de reconstrucción y un programa para la reunificación del Norte y del Sur del país —como estaba previsto por los acuerdos de Ginebra mediante unas elecciones generales; la anulación de esas elecciones por el Gobierno de Saigón fue lo que precipitó una nueva guerra civil que continuaba así la sostenida contra los franceses—. Figura insistentemente en el documento la decisión de buscar una unión nacional amplia y abierta, que sea capaz de luchar «contra la agresión americana y para derribar la administración fantoche».

En una situación de caos y de guerra, un Gobierno continuista representa solamente la continuidad del caos y de la guerra. En cuanto a la señal que viene de Hanoi, consiste en un artículo publicado en

el periódico del ejército. Lo firma «Combatiente» y los expertos en asuntos norvietnamitas creen que «Combatiente» no es otro que el general Giap, vencedor de los franceses en Dien Bien Fu y hoy ministro de Defensa de Hanoi. Según él, las últimas acciones guerrilleras en Vietnam del Sur representan una escalada vietnamita en respuesta a los bombardeos de Vietnam del Norte. «Los estrategas americanos —dice— no han sido capaces de ver que en respuesta a los ataques contra el Vietnam del Norte con una fuerza del Grado Uno, pueden recibir golpes de fuerza del Grado Cinco, o del Grado Diez». En el Pentágono se considera este artículo como desafiante, en el sentido de que por primera vez Hanoi admite que tiene una influencia activa en lo que ocurre en el Sur.

El hecho de que el documento del F. N. L. y el recrudecimiento de sus acciones militares se hayan producido simultáneamente con las elecciones convocadas por Saigón, no puede ser tenido como casual. Pertenece a la escalada. Trata de demostrar que nada puede hacerse en el país sin contar con ellos, que mantienen la seguridad en la victoria final y que conservan una fuerza combatiente muy poderosa a pesar del continuo crecimiento de los ejércitos de ocupación del país. Tratan de ofrecer el reverso de la moneda de podredumbre que es la situación en Saigón. Y mantienen viva la idea de que la guerra no puede ser ganada por los americanos militarmente ni políticamente.

El impacto va más allá de Saigón; llega a Washington. El sentido de las elecciones no ha conseguido afiliar a nadie que no lo estuviera ya a la tesis oficial de «un paso adelante». Generalmente, se considera como «un paso atrás». Se habla ya de la necesidad de llegar a enviar un millón de soldados: el semanario «Newsweek» —11 de septiembre— atribuye a un «analista de alto nivel del Pentágono» el plan de que tengan que participar en la guerra de 750.000 a un millón de soldados americanos, con un gasto anual de 75.000 millones de dólares, para poder ganar la guerra en 1970; con el plan actual creen que la victoria deseada podría tardar un mínimo de diez años. (El plan actual consiste en la participación en la guerra de 525.000 soldados americanos y un presupuesto de 25.000 millones de dólares anuales.) La oposición a estos planes de extensión de la guerra, y aun al mantenimiento de la guerra en el nivel actual, crece cada día. Se están celebrando reuniones de los sindicatos —AFL-CIO— para participar en acciones masivas contra la guerra y sumarse a los movimientos pacifistas de Martin Luther King y John Kenneth Galbraith, sobre la base de que las clases trabajadoras son las principales víctimas de este esfuerzo económico de la nación que va a beneficiar directamente a las grandes empresas constructoras de armas y material de guerra.

La «conversión» más importante parece ser la del republicano George Romney, gobernador de Michigan y posible candidato de su partido contra Johnson en las elecciones de 1968. Romney ha sido siempre partidario de la intervención masiva en el Vietnam, de la guerra a ultranza con todas sus consecuencias: ahora dice que ya no cree que hubiese sido necesario meterse en el Vietnam. ¿Por qué había dicho antes que la guerra era «moralmente justa y necesaria»? Rom-



por
**EDUARDO
HARO TEGGLEN**

Frente a los bombardeos del Vietnam del Norte, los guerrilleros incrementan su actividad en el Sur. Después de las elecciones la situación no ha mejorado: los frutos han sido negativos. La guerra sigue.

ney explica que esto lo dijo al regresar de un viaje al Vietnam —en 1965— y que entonces «acababa de sufrir un lavado de cerebro de los más perfeccionados, no solamente por parte de los generales, sino también por parte de los diplomáticos que saben perfectamente cómo hacer esas cosas». Romney cree que ha llegado el momento de decirles a los vietnamitas del Sur que no esperen que los Estados Unidos continúen acrecentando su esfuerzo de guerra; «nosotros hacemos cada vez más, ellos hacen cada vez menos». (Entrevista de Romney por la televisión realizada el lunes 4 de septiembre, al día siguiente de las elecciones de Saigón.) No es fácil creer que el hasta ahora extremista gobernador republicano fuese en su tiempo víctima de un lavado de cerebro y que ahora haya abierto los ojos de pronto; lo que sí puede creerse es que busca locamente ponerse a la cabeza de la opinión pública y aumentar su popularidad con vistas a las elecciones presidenciales. La tendencia que él creía encontrar favorable hasta ahora era la de la inversión en la guerra de todo el esfuerzo humano, económico

y militar de los Estados Unidos; la que encuentra ahora es la de abandonar la guerra que corroe el país.

Puede decirse que, en este momento, el saldo de la situación —sujeto, naturalmente, a las alternativas de la guerra— corresponde al «Frente de Liberación», que ha recuperado la iniciativa militar que parecía haber perdido o dejado latente en los últimos tiempos y que realiza nuevos esfuerzos políticos. La torpeza de la Casa Blanca al iniciar la serie de movimientos políticos que empezaron con la elección de la Asamblea, la promulgación de una Constitución, las elecciones presidenciales y que debe prolongarse ahora con el nombramiento de un nuevo Gobierno en Saigón —probablemente civil— ha dado estos frutos negativos. La respuesta, ahora, puede ser la ampliación de la escalada. Ya está llegando a los límites del genocidio, con los bombardeos masivos de poblaciones civiles; puede llegar a la guerra nuclear. Esto es lo que teme la opinión pública de los Estados Unidos, y esto es lo que fuerza su presión de retroceso.